

Barbara
Kingsolver *Conducta
migratoria*



Dellarobia Turnbow es una joven pelirroja, carismática, rebelde y valiente tan impopular como envidiada por los habitantes del pueblo en el que vive. Un embarazo a los diecisiete años cambió el rumbo de sus planes y sus deseos de iniciar una vida lejos de la granja que comparte con su marido e hijos en las montañas Apalaches. Un día, en búsqueda de emociones más fuertes, inicia una aventura amorosa con un joven. De camino al encuentro de su amante, Dellarobia se halla, de pronto, en un valle que parece envuelto en llamas. Los bosques están cubiertos de mariposas monarcas que, a causa del cambio climático, en vez de migrar a México como han hecho durante siglos, han acabado en las Apalaches. El insólito acontecimiento despierta la curiosidad de visitantes, científicos y líderes religiosos y se dan teorías de todo tipo. Dellarobia se encuentra de nuevo en el ojo del huracán ya que, a los ojos de los lugareños, ella ha llevado el milagro al pueblo, visión que choca con la de los científicos llegados a la zona. El enfrentamiento entre unos y otros cambiará la percepción que del mundo tenía la joven. Barbara Kingsolver, escritora y bióloga, nos ofrece una magnífica historia que se ha convertido en un *bestseller* literario en Estados Unidos.

1

La medida de un hombre

SE tiene cierta sensación cuando se tira toda una vida por la borda y es en parte de euforia. O al menos así se lo parecía de momento a una mujer de cabellos de fuego que marchaba cuesta arriba al encuentro de su propio fin. No había inocencia en nada de lo que hacía. Ella misma era consciente de su propia temeridad y se maravillaba de que una chispa diminuta de entusiasmo pudiera pesar más que las densas y sofocantes consecuencias de una larga desgracia. La vergüenza y la pérdida se contagiarían también a sus hijos, y eso era lo peor en un pueblo donde todos se conocían. Incluso las cajeras adolescentes del supermercado la tratarían con frialdad después de aquello. Repiquetearían las uñas pintadas sobre el mostrador mientras ella rellenaba su cheque, contemplarían con desaprobación la harina de avena y los guisantes congelados de una familia deshecha e intercambiarían miraditas con el chico de los recados: «Es ella». ¡Cómo apreciaban todos sus vidas estables y resueltas! Hasta el día en que la esperanza desaparecía de los anaqueles en todas sus versiones, incluidas las más baratas, y entonces el corazón tenía que seguir la única instrucción que le quedaba: «Huye». Como a un animal acosado por los cazadores o a un caballo de carreras, ganar o perder le era indiferente en esa fase, porque en ambos casos habría sentido la misma agita-

ción en la sangre y la misma respiración entrecortada. Fumaba demasiado: otra mortificación que añadir a la lista. Pero para ella la suerte estaba echada. Mucha gente elegía esa salida: miraba a la cara a los desastres futuros y los llamaba de otra manera. Ahora había llegado su turno. Podía reconocer la opresión en el pecho y llamarla dicha, en lugar de verla como la misma falta de aliento que estaría sintiendo en ese momento en su casa, cargando con la pesada cesta de la colada y comportándose como una sensata madre de familia con dos hijos.

Los niños estaban en casa de su suegra. Los había dejado esa mañana con una excusa muy poco convincente, y pensar en ello justo en ese momento podría haber acabado con ella. Sus caritas levantadas mirándola, como los redondos corazones de dos margaritas: «Me quiere, no me quiere». Tantas esperanzas depositadas en un recipiente tan precario. Siendo realistas, su familia era un siniestro total. No había mejor expresión para describirla. Como un coche estrellado contra un poste telefónico, sin nada que pudiera aprovecharse. Ningún marido que mereciera la pena perdonaría el adulterio, llegado el caso. Y, aun así, ella sentía que la misma mano cuyo contacto podía derribar todo lo que conocía la estaba ayudando a subir esa cuesta. Quizá ansiara el colapso con una avidez más fuerte que la razón.

En lo alto del prado, se apoyó en la valla para recuperar el aliento y sintió que la malla de alambre cedía levemente bajo el peso de su espalda. Estaba saltando sin red. Abrió el bolso, contó los cigarrillos y descubrió que tendría que racionarlos. No era uno de esos días que se planifican. La chaqueta de ante había sido un error: demasiado abrigada. ¿Y si llovía? Miró con disgusto el cielo de noviembre: el mismo techo graneado y sin vida que llevaba ahí toda la semana, todo el mes, desde siempre. Todo el verano. Quienquiera que estuviera a cargo del tiempo había retirado de la circulación el azul y había clavado en lo

alto esa bazofia de cielo blanco sucio, como una chapuce-
ra obra de escayola. El estanque del prado parecía reflejar
más luz de la que el cielo podía ofrecerle. Las ovejas se
amontonaban en torno a su resplandor, como si ellas tam-
bién hubieran renunciado al sol y se conformaran con una
segunda opción. Pequeños charcos titilaban a lo largo de
la carretera 7 en dirección a Feathertown y también en
sentido contrario, en dirección a Cleary, donde una larga
hilera de baches relumbraba con brillo acuoso.

Las ovejas en el prado, al pie de la colina. Las tierras de
la familia Turnbow. La casa blanca de madera de la que no
se había apartado ni una sola noche en más de diez años
de matrimonio. Y eso era todo: la versión de su vida en
pantalla panorámica desde los diecisiete años, sin contar
las breves excursiones al hospital para parir. Por lo que pa-
recía, aquel día iba a salirse del cuadro para diferenciarse
así de las desafortunadas ovejas que permanecían de pie
en el fango, rodeadas de los hoyos de sus propias huellas
—como marcas de zapatos de tacón—, soportando los ma-
los tratos de la vida. Habían cargado la pesada lana duran-
te todo el bochorno del verano y, ahora que ya casi era in-
vierno, las iban a trasquilar. La vida para ellas era una larga
proposición que siempre las cogía por sorpresa. Su prado
parecía anegado. En el campo adyacente, el huerto que
laboriosamente habían plantado los vecinos el año ante-
rior se estaba muriendo bajo la lluvia. Desde lo alto, todo
le pareció fijo y extraño, incluso su casa, probablemente
debido al punto de vista. Estaba acostumbrada a mirar hacia
afuera por esas ventanas y nunca hacia adentro, dada su
compañía habitual de personitas que hacían rodar camio-
nes de plástico por el suelo. Ciertamente, nunca había su-
bido hasta esa altura para evaluar el estado de su mundo
doméstico. El estado del tejado no era nada alentador.

Su coche estaba aparcado en el único lugar del conda-
do donde no podía dar pábulo a las habladorías: el sen-
dero de su garaje. La gente conocía aquel monovolumen

y, aun así, lo seguía considerando propiedad de su madre. Era lo único que había rescatado de su muerte: cuatro ruedas poco fiables, adecuadas para hacer recados cortos con los niños. A cambio, tenía que soportar la inquietante sensación de que su madre se montaba aún en el coche, acomodaba su menudo cuerpo entre las sillas de seguridad de los niños y se estiraba por encima de ellos para echar la ceniza del cigarrillo por la ventanilla abierta. Pero ahora no pensaba en nada de eso. Esa mañana, después de dejar a los niños con Hester, había pisado a fondo el acelerador durante todo el kilómetro de vuelta a casa, sintiéndose ligera y temblorosa como una cometa. Había entrado en la casa solo para cepillarse los dientes, quitarse las gafas y ponerse delineador. No le hizo falta ningún preparativo más para salir corriendo por la puerta trasera, a destrozar su reputación. Las eléctricas pulsaciones del deseo retumbaban por su cuerpo, como la alarma de un despertador que se dispara al amanecer y pone irremediabilmente en marcha los sucesos del día.

Se abrió camino por el barro pisoteado, a lo largo de la valla, levantó la cadena de la puerta metálica y pasó al otro lado. Más allá de la valla comenzaba un vulgar descampado de hierbas y arbustos espinosos, atravesado por un viejo camino en desuso que discurría entre una maraña de frambuesos silvestres. En los últimos tiempos, había llegado hasta ahí solamente una vez, dos veranos atrás, para recoger frambuesas con Cub y varios amigos de su marido. No había sido idea suya, ni mucho menos. Estaba como un tonel, embarazada de Cordelia, y había pensado que si se ponía de parto, iba a tener que parir allí mismo, entre las zarzas. Por eso sabía exactamente qué junio era. Preston debía de tener cuatro años. Lo recordaba agarrado de su mano, como si de ello dependiera su vida, mientras los amigotes de Cub los asustaban a los dos con historias de serpientes. Observó en ese momento que los tallos leñosos de los frambuesos tenían un color extraño pa-

ra una planta. No sabía nada acerca de la naturaleza, pero ¿rosa fuerte? Era el color del pintalabios escarchado que habría querido ponerse una niña de trece años. Ella se había saltado esa fase del rosa y había pasado directamente al Coral Inmoral y al Rojo Llévame al Huerto.

Los arbolitos dispersos se convirtieron en un bosque donde los árboles aferraban en los puños las últimas hojas del verano. Por alguna razón, se puso a pensar en la mujer de Lot, la de la Biblia, que se volvió para echar una última mirada a su casa. ¡Pobre mujer, convertida en estatua de sal por una desobediencia tan nimia! Pero ella no echó la vista atrás, sino que se encaminó hacia el bosque por una carretera llena de rodadas que la familia de su marido siempre había llamado «el camino grande» y que, en cierto modo, era «el buen camino». Claro que sí. Iba por el buen camino hacia la perdición. No había reparado en la ironía mientras preparaba el plan. La carretera que subía por la falda de la montaña debió de trazarse mucho tiempo atrás, para los leñadores, y el bosque había vuelto a crecer. A veces Cub subía con su padre en el quad, por ese mismo camino, hasta el cobertizo desde donde cazaban pavos salvajes. O, mejor dicho, solían subir unos cuantos años antes, cuando el peso combinado de los dos Turnbow, padre e hijo, era unos treinta kilos inferior y cuando los dos usaban los pies para algo más que para enmarcar la pantalla del televisor. Es posible que incluso entonces la carretera estuviera medio abandonada, porque recordaba que solían llevarse la sierra mecánica para despejar el camino.

En aquellos tiempos, Cub y ella subían solos hasta allí de vez en cuando, para ir supuestamente «de pícnic». Pero no habían vuelto a subir desde los nacimientos de Cordie y Preston. Había sido una locura sugerir como lugar de encuentro el cobertizo que la familia usaba para cazar pavos. «Un nido de amor», pensó ella con las palabras de una novela romántica. «Un lugar cochambroso para hacer cosas

sucias», pensó también con las palabras de su suegra. ¿A qué otro sitio podrían haber ido? ¿A su dormitorio, donde habrían tenido que ponerse en situación entre camisas de trabajo tiradas por el suelo y bajo la atenta mirada de una Barbie con una pierna de menos? Ni pensarlo. El Wayside Inn, el motel de la carretera, era un sitio deprimente ya de entrada, antes incluso de empezar a disfrutar de los beneficios del pecado. Mike Bush, en el mostrador de recepción, la habría saludado llamándola por su nombre: «¿Cómo está, señora Turnbow? ¿Qué tal están los niños?».

De pronto, el camino se volvió confuso, bloqueado por un montón de ramas. Lo atravesaba la copa de un árbol caído, tan inmenso que tuvo que trepar y pasar entre las ramas, que aún conservaban algunas hojas húmedas adheridas. ¿Sabría él encontrar el camino o se echaría atrás al toparse con ese muro vegetal? Le dio un vuelco el corazón ante la sola idea de perder esa oportunidad. Cuando consiguió pasar, consideró la posibilidad de quedarse a esperarlo. Pero él conocía el camino. Le había contado que también había subido a cazar pavos desde ese mismo cobertizo unos años atrás. Con sus amigos. Nadie a quien conocieran Cub y ella. Gente más joven, seguramente.

Entrechocó las palmas para despegarse la grava mojada y se puso a observar el cadáver del monstruo caído. El árbol estaba intacto, ni talado ni roto por el viento. ¡Qué desperdicio! Después de siglos de sobrevivir, simplemente había dejado de agarrarse al suelo. El ancho puño de su masa de raíces yacía, desgarrado y desnudo, sobre una zanja de arcilla en la ladera boscosa. Igual que ella, que parecía haberse soltado de la base de su vida. Con tanto llover sobre mojado, en todo el condado estaba pasando lo mismo. Lo había leído en el periódico: árboles colosales que caían por la noche y destrozaban el tejado de la casa familiar o aplastaban el coche aparcado en el sendero. La tierra absorbía el agua hasta convertirse en una esponja

blanda, y entonces los árboles se desplomaban. Cerca de Great Lick, toda una ladera de bosque añoso se había desmoronado a la vez, provocando un alud de troncos astillados, rocas y fango. La gente estaba desconcertada, incluso algunos hombres como su suegro, que solían comentar «Eso no es nada» cuando oían las noticias más terribles y pretendían haberlo visto todo. Pero nadie había visto nada parecido y todos lo reconocían. Quizá pensarán que, en una época tan extraña, Dios estaba prestando atención y no dejaba pasar ninguna mentira.

La carretera subía abruptamente hacia la cresta de la montaña y se perdía en un simple sendero. Todavía faltaba más o menos un kilómetro y medio, calculó ella. Intentó apresurar el paso, imaginando que la larga melena rojiza balanceándose sobre su espalda le daría un aire atlético, aunque en realidad le dolían los pies tremendamente, lo mismo que los pulmones. Botas nuevas. Otro desastre para añadir a la lista. Las botas eran de piel de becerro auténtica, hechas a mano, de color marrón oscuro y terminadas en punta lustrosa. Eran tan preciosas que casi se había echado a llorar cuando las había descubierto en la tienda de ropa de segunda mano, mientras buscaba algo decente para ponerle a Preston cuando empezara el jardín de infancia. Costaban seis dólares y estaban casi nuevas, con las suelas casi intactas. En el mundo había alguien que podía dar un paseo corto con unas botas nuevas carísimas y después desecharlas, solo porque sí. No eran exactamente de su número, pero le sentaban tan bien que las había comprado de todas formas. Era lo primero que se compraba para ella en más de un año, sin tener en cuenta los productos de higiene. O los cigarrillos, que seguramente no contaban. Le ocultó las botas a Cub sin ninguna razón, excepto quizá para darles más valor. Para que fueran solo suyas. En el curso normal de la vida familiar, le arrebatan casi todo de las manos: el peine, el mando a distancia, el centro más tierno del sándwich, la última Coca-Cola,

que llevaba toda la tarde esperando abrir... Una vez había soñado que unos pájaros le arrancaban mechones de pelo para fabricarse nidos rojos.

Pero Cub no se habría fijado en las botas si se las hubiese puesto, ni tampoco había tenido ella ocasión de ponérselas. Entonces ¿por qué se las había calzado esa mañana para recorrer un camino enfangado en el otoño más lluvioso de la historia? Tenía hojas negras pegadas al cuero repujado, como escamas de pez, hasta media pantorrilla. Pero llevaba mucho tiempo viendo ese día con los ojos de la mente, como una película que repusieran sin cesar. Por eso se había puesto esas botas. Con el cerebro infrautilizado, funcionando a diario en un ambiente que olía a orina y puré de plátano, las fantasías eran de las pocas cosas que tenía en abundancia. Se las podía permitir. Cuando se ponía a fabricar seriamente una fantasía, pensaba sobre todo en los besos, pero también en otros detalles, como el escenario y la ropa. Quizá fuera esa la diferencia entre el modo de fantasear de los hombres y el de las mujeres: la ropa, presente o ausente. Las botas de piel de becerro formaban parte de la fantasía, lo mismo que la chaqueta de ante que le había prestado Dovey, su mejor amiga, y la bufanda de felpilla roja que llevaba anudada al cuello. Cosas que se iría quitando despacio. También había imaginado que haría frío, como realmente hacía. Sus pensamientos desbocados no habían borrado por completo los inconvenientes. Las mejillas arreboladas, las manos de él alisándole el pelo naranja sobre las sienes... Todo formaba parte de la fantasía. Esa mañana se había puesto las botas como si hubiera recibido instrucciones escritas.

Y ahora estaba en una situación comprometida, pero aún no había cometido ningún crimen imperdonable. Nunca había conseguido estar más de diez segundos a solas con él, detrás de algún establo o una valla metálica, escondidos a la vuelta de la esquina del lugar donde ha-

bía dejado el coche, con los niños atados al asiento con los cinturones de seguridad, discutiendo a voces. «Si todavía los oigo, es que están vivos». No era un pensamiento muy favorable para el romanticismo. Sin embargo, la anticipación de verlo le ponía la piel de gallina. Sus ojos como el cristal ambarino de una botella de cerveza. Su cara llena de hoyuelos. Su sonrisa, que rimaba con *brisa*. Su forma de cogerle la cara con ambas manos —¡Dios santo!—, mirándola a los ojos y frotándole las puntas del pelo entre el pulgar y el índice, como si estuviera contando dinero. Esos momentos de éxtasis la llevaban a sentarse en el suelo del armario, noche tras noche, para tontear con él por teléfono mientras su familia dormía con los ojos dulcemente cerrados. Mientras ella susurraba en la oscuridad, las camisas de trabajo de su marido le acariciaban con indiferencia la coronilla desde sus perchas, casi como hacía el propio Cub cuando ella se sentaba en el suelo con el bebé mientras él ocupaba todo el sofá para ver la televisión, sin prestar atención a sus tormentas internas. Cub funcionaba a cámara lenta. Su blanda gentileza era simplemente el material del que estaba hecho, como la composición de una prenda de vestir, y ella lo sabía. A veces una mujer tiene que soportar las cosas sin quejarse, pero esa forma de ser de Cub lo hacía parecer tonto como una vaca y a ella la ponía furiosa. Todo lo que hacía la fastidiaba. Como cuando permitía que su madre le diera órdenes y le dijera que no dejara nada en el plato o que se metiera la camisa por dentro del pantalón, como si fuera un niño de cien kilos. O la vergüenza que le producía su apodo. Podría haber sido *Burley Junior* si se hubiera empeñado, pero sus padres y el resto del pueblo lo llamaban *Cubby* («Cachorrito»), como si aún fuera un niño, porque a su padre, que también se llamaba *Burley Turnbow*, lo apodaban *Bear* («Oso»). Un cachorro tenía que crecer, pero con veintiocho años, él seguía esperando en la puerta de la madriguera familiar, con los hombros encorvados y expresión

meditabunda, apartándose el flequillo rubio de los ojos. Ahora iba a tener que soportar el bochorno de la conducta de su mujer o no enterarse. ¿Por qué tenía que seguir queriéndola tanto?

A ella misma la sorprendía su propia traición. Era como ver por televisión una versión enloquecida, imparable y ligeramente más mona de sí misma, haciendo cosas que nadie habría hecho en una vida normal, sin seguir un guion, como poner a Cordelia a dormir la siesta antes de hora, mientras Preston estaba en el parvulario, para poder disponer de un minuto de trato íntimo con un hombre que no era su marido. La necesidad de llamarlo era más fuerte que la de fumar, como si una sirena le aullara al mismo tiempo en los dos oídos. Más de una vez había pasado por delante de su casa después de decir a los niños, que iban en el asiento trasero, que había olvidado algo y tenía que volver al supermercado. Les decía que iba a buscar helados o polos para que no se quejaran, pero incluso un niño de cinco años podía ver que el camino que seguían no era el del supermercado. Preston había llegado a expresar sus sospechas desde su asiento elevado, que le permitía ver algo más que los árboles y los postes del teléfono.

El «hombre del teléfono», como llamaba ella a su obsesión —su nombre era demasiado vulgar; nadie destrozaría su vida por un Jimmy—, no era realmente un hombre hecho y derecho. Veintidós años, le había dicho él, y probablemente estaba exagerando. Vivía con su madre en una caravana y pasaba los fines de semana haciendo las cosas que interesan a la población masculina de su edad, como mezclar cerveza con sierras mecánicas o cerveza con tiro al blanco. No tenía ninguna excusa para arruinarse por alguien que quizá no tenía edad para comprar legalmente la cerveza que bebía. Pero ansiaba aliviar el loco anhelo que sentía. Se había encaprichado otras veces de otros hombres, pero ahora lo sentía como un asunto de vida o

muerte, sobre todo cuando estaba en la cama al lado de Cub. Había probado a tomarse uno de los tres o cuatro Valium que quedaban en el frasco que le habían recetado diez años antes, cuando había perdido a su primer bebé. Pero la pastilla no le había hecho nada, probablemente estaría caducada, como todo lo de esa casa. La semana anterior se había pinchado el dedo adrede con una aguja, mientras le cosía un parche a un pijama de Cordie, y se había quedado mirando la sangre que le brotaba de la piel, como un ojo granate que le devolvía la mirada. Todavía le dolía la herida. Mortificación de la carne. Pero nada de eso impidió que siguiera pensando en él, ni que marcara impulsivamente su número de teléfono, ni que hiciera planes, ni que pasara con el coche por delante del lugar donde él le había dicho que iba a estar trabajando, solamente para verlo encaramado al poste, con su arnés de cuero. Un extraño giro del azar lo había puesto en su camino la primera vez: un árbol se desplomó un día sin viento y arrastró consigo los cables del teléfono, justo delante de su casa. Cub y ella no tenían teléfono fijo, de modo que el problema ni siquiera era suyo, pero había que reconectar las líneas caídas.

—Para la gente que todavía depende de los cables —le había explicado Jimmy con una sonrisa maliciosa. Y todo lo que vino después había sido absurdo, como una lluvia torrencial en una semana con pronóstico de sol radiante que anega los campos y destroza los mejores planes. Es inútil culpar a la lluvia o al barro, que no son más que elementos. El desastre son las expectativas frustradas.

Y allá iba ella, arriesgándolo todo, con la menuda barbilla levantada, andando desarmada hacia la refriega. Sufrimiento, familia rota. Quiebra económica. No imaginaba cómo se las iba a arreglar para conseguir dinero si Cub la dejaba. No había tenido un empleo ni había hablado regularmente con otros seres humanos desde que había cerrado el Feathertown Diner, cuando estaba embarazada

de Preston. Nadie volvería a darle un trabajo de camarera. Se pondrían de parte de Cub, y la mitad del pueblo diría que lo había visto venir, solo porque la gente disfrutaba con todo tipo de desastres. «Ya era así en el colegio». «Siempre pasa lo mismo con las guapas». «Las primeras en florecer son las primeras en echarse a perder». Dirían lo mismo que su suegra le había dicho a Cub: «Esa Della-robía es una buena pieza». Como si fuera parte de un vestido cuyas piezas estuvieran distribuidas encima de una mesa, con alfileres clavados aquí y allá, medio montado a partir de un patrón con errores de fábrica. ¿Qué pieza le faltaría a ella?

Probablemente, más de uno querría dar su opinión al respecto. Le faltaba la pieza que piensa en el futuro, desde luego. Una ama de casa sin empleo ni cualificaciones que tira todo por la borda para correr detrás de un chico bien parecido, incapaz de mantener a sus hijos, actuando como si el futuro no existiera. Aun así, él la miraba como si estuviera dispuesto a traerle las manzanas de oro o el río Mississippi. Cuando le rodeaba los tobillos o las muñecas con los dedos, como una pulsera, admirando su tamaño diminuto, hacía de ella una joya cara y no una mujer sin importancia. Nadie la había escuchado como él la escuchaba. Ni tampoco nunca la habían mirado así, ni le habían tocado el pelo con reverente asombro, tratando de describir su color: entre una señal de *stop* y un atardecer, le había dicho él. Entre el rojo de los tomates y el de las mariquitas. Y su piel. «Bombón», la llamaba él.

Nadie la había llamado nunca de ninguna manera, excepto por su nombre de pila, que era lo primero que había soltado su madre para el certificado de nacimiento, convencida de que era bíblico, medio atontada por la anestesia. Más adelante se dio cuenta de que se había equivocado. No aparecía en la Biblia, sino que lo había oído en una clase de manualidades, en el Club de Mujeres. Cuando lo encontró en una ilustración, en una revista de

labores, le gritó a su hija que lo fuera a ver. Dellarobia tendría entonces unos seis años y aún recordaba la fotografía de la «guirnalda al estilo Dellarobia»: una amalgama de piñas y bellotas pegadas sobre una base de poliestireno.

—En cualquier caso, es algo bonito —había insistido su madre.

Pero la caída en desgracia parecía presagiar futuros acontecimientos. Su conducta hasta ese momento no había sido la prescrita por su Salvador. Excepto en lo referente a casarse joven, por supuesto. Esa era la voluntad del Señor para todas las chicas con grandes sueños, pero sin planes concretos, sobre todo cuando había un bebé en camino. El bebé que no llegó a ser del todo, al que nunca pudo ver, el monstruo. La enfermera de prematuros le había dicho que tenía el cuerpo cubierto de un vello raro y muy fino, rojo como su pelo. Preston y Cordelia, que llegaron más tarde, fueron rubios los dos, cortados por el mismo patrón que los Turnbow; pero aquel primer bebé, envuelto en su pelambre roja, era malo y salvaje como ella. Había obligado a dos adolescentes atónitos a casarse a toda prisa y se había marchado después con una carcajada, dejándolos varados. Varados y buscando otro bebé durante cinco años, para llenar un hueco que nadie se había propuesto abrir.

El movimiento de algo le llamó la atención y le hizo desviar la vista hacia arriba. ¿Cómo era posible que una agitación tan insignificante captara tanto la atención? No era casi nada, apenas una mota naranja suspendida sobre las copas de los árboles que surcaba el cielo por encima de su cabeza y derivaba hacia la izquierda, donde la ladera caía abruptamente a un lado del sendero. Hizo una mueca, pensando en fantasmas pelirrojos. Inventarse cosas no era propio de ella. Fijó la mirada en el sendero, decidida a no levantar la vista. Estaba perdiendo la batalla contra la montaña; iba jadeando como una oveja. Un álamo junto al camino la invitó a hacer un alto. Se recostó